

Noticia de Cataluña

Jaume Vicens Vives

La obra de referencia para entender la
construcción de una identidad

Prólogo de José Enrique Ruiz-Domènec



DESTINO

Índice

Portada

DEDICATORIA

ANTEPRÓLOGO

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. LOS ELEMENTOS

CAPÍTULO 1. EL CATALÁN, HOMBRE DE MARCA

CAPÍTULO 2. EL SENTIDO SOCIAL DE LA TIERRA

CAPÍTULO 3. HERRAMIENTA Y TRABAJO

CAPÍTULO 4. PROHOMBRES Y GENTES DE BIEN

CAPÍTULO 5. IGLESIA Y CLERO

SEGUNDA PARTE. LAS ILUSIONES

CAPÍTULO 6. EL PACTISMO

CAPÍTULO 7. IMPERIO Y LIBERTAD

CAPÍTULO 8. LA ACTITUD HISPÁNICA

TERCERA PARTE. LAS DIFICULTADES

CAPÍTULO 9. LOS CATALANES Y EL MINOTAURO

CAPÍTULO 10. LAS REVOLUCIONES CATALANAS

CAPÍTULO 11. LOS RESORTES PSICOLÓGICOS COLECTIVOS

NOTAS

CRÉDITOS

*A los catalanes y a los otros pueblos
de España, el autor, con reverencia,
dedica el esfuerzo y el trabajo,
el amor y el respeto*

ANTEPRÓLOGO

En 1948 comenzaba una nueva época para España; también para Jaume Vicens Vives. Es el año de su retorno a Barcelona como catedrático de Historia Moderna de la universidad. Quedaban atrás los duros momentos de la depuración, de las humillaciones, del esfuerzo por adaptar su forma de ser a un régimen que se institucionalizaba. Se percató, nada más asentarse en su puesto de trabajo, de que el mundo académico estaba desorientado, confuso, de que los métodos de sus mentores ya no estaban de moda o simplemente habían quedado obsoletos. Tuvo que fiarse de su olfato para no dejarse dominar por las rutinas de una institución petrificada. Se preparó a conciencia, eligiendo un camino. Su decisión fue rápida, eruptiva, conforme a su fogoso carácter. Fundó el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI) y dos revistas, *Índice Histórico Español* y *Estudios de Historia Moderna*. Ya no había marcha atrás. La decisión estaba tomada. Reunió a los primeros miembros de lo que con el tiempo se conocerá como el *équipe* de *Índice*; los impregnó de su forma de trabajar, innovadora, construida superponiendo hipótesis, incansable. Y, un día, consciente del esfuerzo que tenía ante sí, adaptó la divisa que le acompañará el resto de su vida: *super adversa augeri* («ante la adversidad, supérate»).

En 1950, Vicens salió de las fronteras naturales en las que hasta entonces se había movido para ir a París, donde iba a tener lugar el IX Congreso de Ciencias Históricas, que reunió a las figuras estelares del momento. Salir al extranjero era entonces una odisea. Abandonar el aislamiento en el que los historiadores españoles se hallaban, por gusto o

por fuerza (de todo había en esos años) repercutió favorablemente en su manera de entender el oficio. La ponencia de Michael Postan le transformó tanto como el contacto con algunos relevantes miembros de la revista *Annales*. Charles Morazé fue uno de los que más. En torno al Sena, vislumbró lo que iba a ser su futuro. Maduró las ideas en los foros críticos, en diálogo con algunos personajes de la cultura española y europea. Se alejó de los cánones dominantes y enunció los principios fundamentales de su trabajo de historiador.

En primer lugar afirmó que el estudio de la historia no debía aislarse de la economía. Recuperaba así el legado del gran historiador belga Henri Pirenne. Una buena referencia, pues lo que Pirenne había encontrado de nacionalismo en Flandes estaba enraizado en las viejas ciudades mercantiles y en el combate para conseguir las libertades burguesas del poder feudal. Vicens poseía la misma rara facultad que el maestro belga: el don de la intuición para captar la sensibilidad de la gente con su trabajo y una fuerza imaginativa que, partiendo de escuetas informaciones, construía un seductor modelo explicativo. Y, al igual que él, invitaba a deslizarse en la historia económica a través del estudio del tono de vida de la gente. Ese paso le situó en la línea de historiadores como Roberto Sabatino López, que no dudó en colaborar con él cuando se lo pidió y quien siempre guardó una positiva impresión de su arrolladora personalidad, según me confesó una tarde de abril de 1977 en Spoleto.

Vicens integró la economía en el estudio de la historia; principalmente el comercio y, por lo tanto, el medio urbano. Es lo mismo que hacían por esos años Philippe Wolf en Toulouse, Yves Renouard en las ciudades de la Toscana, Michel Mollat en los puertos de Normandía y algunos pocos más. Fue un paso de gigante en un momento en el que

publicaba libros de sus anteriores investigaciones, *Juan II de Aragón* o *El gran sindicato remensa* y artículos que en parte son ponencias a congresos.

Sin embargo —y aquí se vislumbra otro de los principios de su trabajo— el estudio no debería limitarse al análisis concreto. Obligado por la situación política, creyó necesario abordar el territorio de la síntesis histórica. En 1952, tuvo la ocasión de explicar su proyecto, vacilante aún, en el estimulante ensayo *Aproximación a la historia de España*, una especie de manifiesto por la nueva historia. La agrídulce recepción entre sus colegas le hizo creer que había ganado la partida y le dio ánimos para afrontar otro reto, el de explicar a la sociedad española el hecho catalán.

En ese ambiente, se le sugirió escribir —quizá lo hizo Josep Pla— un ensayo bajo el título *Nosaltres, els catalans*. Desde el primer momento fue consciente de que las palabras, las frases, debían ser la apoyatura para mantener la emoción de los catalanes por ser quienes habían sido y eran; también para prolongar esa misma emoción en el futuro; y, finalmente, para conseguir una explicación digna de su conducta y de su moral. Tenía las espaldas cubiertas por Josep Vergés, quien le había contratado el libro para la colección El Dofí de la editorial Destino; sin embargo, el libro era un peligroso ejercicio que exigía una auténtica conversión del historiador en ensayista. Se hallaba de repente en el mismo terreno que había sido explorado años atrás por el filósofo Josep Ferrater Mora en *Les formes de la vida catalana*, libro publicado en Santiago de Chile donde el argumento lo constituía una materia inasible, ideas, sensaciones, mentalidades y recuerdos que todo un pueblo había conseguido salvar de las ciegas destrucciones y las injurias del tiempo. Por lo tanto, la parte menos mensurable del pasado pero, por contrapartida, la más importante, la más decisiva.

Noticia de Cataluña —título final de aquel ensayo— fue una operación intelectual de gran calado: arriesgada y moderna, aunque acorde con el espíritu de los cincuenta. Vicens probablemente nunca la hubiera abordado de no sentirse comprometido con el devenir de una España lejos del régimen del 18 de julio. Llevaba algún tiempo aconsejando a un grupo de jóvenes barceloneses de la alta sociedad para que convirtieran las reuniones del llamado «Club Comodín» en un foro de debate, el futuro Círculo de Economía. Y, en esas conversaciones, dejaba claro algunas de sus importantes conclusiones, como por ejemplo que el espíritu de un pueblo es más grande que su nación: es su carácter. Ahí, la verdad se hace y se mantiene como un proyecto colectivo a veces conforme a la cultura política; otras, en abierta discrepancia con ella. El honor es la respuesta a una herida infligida por las constantes torpezas de la administración. Era una actualización del viejo catalanismo, muy adecuada al espíritu germinal de una generación ávida de cambios.

El conocimiento de los catalanes de sí mismos es indispensable y previo antes de pasar a la realización concreta, decía Vicens al comienzo del libro. La reflexión es indispensable para un país, como la política. ¿Por qué? Porque en ella se encuentra la imaginación moral de un pueblo, que a menudo los mitógrafos de los vencedores ignoran o disimulan. Cataluña está en una encrucijada, decía Vicens; el camino a seguir dependerá del descubrimiento de su personalidad colectiva, de la mentalidad de un pueblo que se hace y se deshace al ritmo de su propia historia. No es un azar que Vicens recurra al ensayo, el género por excelencia de la cultura española de la primera mitad del siglo xx (lo confirman los nombres de Ortega, Azorín, Laín Entralgo, Calvo Serer, Pérez Embid, Maravall); es una decisión meditada.

El libro se publicó en noviembre de 1954, y nadie lo esperaba. Es un escándalo que se silencia. Es cómodo guarecerse detrás de que Vicens es ante todo un historiador, no un pensador, y que esa especie de carta humanística sobre su país es simplemente la reflexión en voz alta de un hombre emprendedor, inquieto. El realismo académico quiere evitar el ensayo. El escándalo, la verdad inesperada, es ésta que leemos en las páginas de Vicens: *Noticia de Cataluña* es una proclama a favor de la responsabilidad del intelectual en tiempos de penuria moral. El peligro consiste en venderle a la gente un porvenir basado en una historia de mala calidad.

Vicens exigió el futuro ahora. Una actitud que recuerda a Schiller y a tantos otros espíritus libres que avanzan por los territorios de la incorrección política. Un año después de la muerte de Stalin, 1953, un historiador catalán rechazaba el miedo a la amenaza totalitaria que pendía sobre su país y cuyo triunfo se hacía sobre la base de una mentira sostenida por las investigaciones sobre el pasado. La «nueva historia» es precisamente una tecnología del saber sujeta a reglas internacionales, de los antiguos estudios sobre la conciencia colectiva de Lucien Febvre hasta los modernos sobre la larga duración de Fernand Braudel, pasando por la politología de Chabod y los ideales progresistas de Collingwood, sentados todos alrededor de la misma mesa en la que Vicens piensa y escribe sobre su país, ofreciendo un diagnóstico ponderado, justo. A partir de un concepto clave, como el del catalán como hombre de frontera, el idilio abarca el sentido social de la tierra, el valor de la *eina* y la *feina*, la distinción por el trabajo bien hecho que hace posible la figura del prohombre, las ilusiones colectivas como el pactismo y la organización confederal de los territorios. El luminoso futuro de España pasa por entender Cataluña, un país y una historia cercenada por el «minotauro», el peso del Estado que impide salir del laberinto. Al final, no se trata de ir a Arcadia, ni de retornar a Ítaca, se trata sim-

plemente de convertir las aspiraciones humanas en proyectos colectivos. El sueño que en adelante el combate por la historia se haga a plena luz, lejos del pensamiento único y del totalitarismo; es decir, que el futuro tenga por fin un trayecto.

José Enrique Ruiz-Domènec
Barcelona, septiembre de 2011

PRÓLOGO

CONOCERNOS

Con motivo de mi intervención periférica en el diálogo abierto entre algunos intelectuales castellanos y catalanes sobre el porvenir de nuestra cultura, he escrito una y otra vez que había que hacer un esfuerzo para conocernos a nosotros mismos antes de pasar a proyectos definidos, a realizaciones concretas. Mi afirmación ha causado sorpresa en ciertos sectores de nuestra gente de letras; en otros ha parecido exacta, pero poco oportuna. Meditando sobre ambas actitudes, me he reafirmado en mi pensamiento: debemos saber quiénes hemos sido y quiénes somos si queremos construir un edificio aceptable dentro del gran marco de la sociedad occidental a la que pertenecemos por filiación directa desde los tiempos carolingios. Y, además, debemos proceder a realizar este análisis con la mayor urgencia y a la luz de la encuesta pública, porque nuestro bien y nuestro mal no deben tener secretos. ¡Ay de los pueblos que olvidan esas necesarias introspecciones y no se detienen en los grandes recodos históricos para palpase el cuerpo, escucharse el alma y medir el acierto o el error del trabajo realizado!

Hay quienes creen que son problemas secundarios, que no podemos detenernos mientras el mundo se mueve con tanta rapidez que apenas sabemos hoy lo que acaecerá mañana. No negaré que al final de la calle pueda aguardarnos una contingencia maravillosa que nos resuelva todos los quebraderos de cabeza actuales. Sin embargo recuerdo a los expectantes que incluso el azar se doblega ante nues-

tro conocimiento de las cosas, y que una forma de provocar el instante feliz es preparar el conjunto de posibilidades históricas en que aquél florece por la fuerza de las tensas voluntades puestas al servicio de unos ideales. En todo caso, al traspasar el umbral del acontecimiento, debemos estar seguros de nuestra personalidad, del bagaje de hechos e ideas que cargamos, y de las articulaciones históricas y actuales que nos unen a los vecinos del barrio europeo donde nos ha tocado vivir.

Hay que penetrar a fondo en el corazón de nuestro ser colectivo. Algunos carecen del valor suficiente para limpiar de telarañas la ventana y dejar que un chorro de luz lo esclarezca todo y nos permita ver lo que de verdad hay en la despensa de nuestra cultura. Otros lo hicieron ya con los instrumentos históricos, sociológicos y lingüísticos que entonces tenían a su alcance. No debemos hablar mal de ellos. Releyendo nuestra producción intelectual de los últimos setenta años, encontramos dos o tres intentos interesantes de llegar hasta el último tabique de nuestra esencia colectiva. Pero la frialdad de uno, el apasionamiento de otro y, sobre todo, la falta de estudios serios y completos sobre las diferentes facetas del espíritu social, del hombre vivo del país, no permitieron conseguir resultados convincentes. Son testimonios de época, reflejos del modo de sentir de los catalanes de las generaciones que nos han precedido; no contribuciones definitivas al examen de nuestros problemas. Los admiramos y los sentimos como algo propio, inseparable ya de nuestro ser en virtud del proceso que transforma un pensamiento o una acción en «espíritu objetivado»; pero no podemos permanecer encadenados a ellos.

Además, los últimos cincuenta años no han transcurrido en vano. Los instrumentos científicos de nuestra investigación histórica y sociológica han mejorado notablemente. Lo que ayer parecía imposible es hoy realizable. Poseemos sondas metodológicas que nos permiten descender hasta

las capas más profundas del pasado. Hay que utilizarlas con serenidad; pero con la ilusión de hallar el manantial de donde han salido las energías de nuestro pueblo. Por otro lado, durante este medio siglo hemos vivido experiencias vitales, dramáticas, que nuestros precursores no conocieron y sobre las que debemos trabajar si queremos llegar a conclusiones eficaces tras nuestra aproximación analítica.

La ampliación del campo de nuestras investigaciones debe reunir en torno a la tarea propuesta a todos aquellos que sientan el deber de la hora presente. Los historiadores —concretamente los que llamamos historiadores profesionales— pueden dar parte de la verdad. Pero deben renovar la temática de sus preocupaciones, dejar en paz a reyes y príncipes, batallas y acontecimientos políticos, para enfocar sus trabajos en el mecanismo íntimo del desarrollo humano de Cataluña. Es preciso, pues, que busquen al hombre en sus reacciones primigenias, y que averigüen cómo ha organizado y estructurado su espacio mental; sobre todo, cómo ha establecido esa urdimbre de relaciones materiales y espirituales con la tierra que lo nutre y con los otros hombres que le son semejantes, en una articulación social definida y categórica. En una palabra, que nos digan cómo ha surgido la mentalidad que nos caracteriza dentro de la sociedad occidental y que es el testimonio más contundente de nuestra existencia diferenciada; mucho más que las características idiomáticas, pues éstas dependen del proceso mental colectivo que las ha promovido y les ha dado forma en el transcurso de los siglos.

Pero los historiadores sólo ven una parte de la verdad. Y quien dice historiadores dice sociólogos y economistas, incluso filólogos y críticos literarios. Todos ellos, no obstante sus técnicas diferenciadas y sus especializaciones concretas, forman parte de la gran familia de los observadores de los hechos pasados. Para la gran labor de conocernos necesitamos la colaboración de los poetas, los novelistas y los ensayistas, de los espíritus que poseen el don de intuir, sin

documentación previa, los más ocultos latidos del alma del pueblo. Una estrofa genial —en la que las palabras toman el justo equilibrio forzado por el ritmo—, una descripción chispeante —en la que se define un estado de espíritu individual o colectivo— pueden esclarecer en un instante recovecos íntimos donde jamás llegará el microscopio documental mejor montado. Todas las culturas necesitan estos destellos decisivamente iluminadores. Pero es preciso que el poeta, el novelista, el ensayista demuestren una sinceridad absoluta: que siendo hombres de su tiempo y, por lo tanto, pertenecientes a ciertas sectas y escuelas literarias e ideológicas, procuren responder a la eterna llamada de su sangre. Y, si no nos satisface esta imagen por lo que tiene de puramente biológica, que procuren insertarse en la propia raíz de nuestra formación mental.

Si debemos llegar a alguna conclusión de orden general al final de nuestros esfuerzos, hay que contar con las voces de los catalanes que la expansión de los antepasados hizo crecer y perpetuó más allá del estricto territorio del viejo principado. Valencianos y mallorquines han de prestarnos ayuda para realizar este propósito de introspección colectiva. Nos complacería que hicieran su contribución a la labor de conocernos íntegramente. Ellos nos ven desde otros ángulos y pueden discernir mejor algunas cualidades y algunos defectos de nuestro talante histórico. Indiscutiblemente, ellos deben decirnos también qué son y cómo se hallan anclados en el puerto de nuestra mentalidad común. No quisiéramos que se engañaran. La responsabilidad de todos es lo bastante grande como para que trabajemos sincera y enteramente. Sin embargo, es necesario que decidamos qué debemos cultivar y qué barrer, con el objetivo de vigorizar esta parcela cultural que Dios nos ha confiado en el centro mismo de las sociedades occidentales.

Estas palabras preliminares las escribí a principios del año 1953. Con ellas zarpaba *Noticia de Cataluña*, nombre prestado para sustituir el primitivo *Nosotros, los catalanes*, más adecuado al tema que en ella se desarrollaba.* Un año más tarde se publicaba la obra, con éxito tan halagüeño que bien pronto resultó imposible encontrar un solo ejemplar.

Los buenos amigos Josep Vergés y Joan Teixidor, editores de la obra, insistieron más de una vez en que hiciera una segunda edición —y no por la ganancia, Dios mío, porque esta clase de libros no son negocio ni para la editorial ni para el autor—. Amablemente se lo he ido negando un año tras otro. En cierto modo, tenía la intención de enterrar definitivamente *Noticia de Cataluña*, porque fue papel de circunstancia, tan sólo el toque del cornetín que anuncia el alba. Pero luego me he dado cuenta de que todavía podía resultar útil a muchos catalanes y amigos de los catalanes deseosos de saber qué clase de pueblo somos; mejor dicho, qué clase de pueblo hemos sido hasta 1930, aproximadamente. *Noticia de Cataluña* podía ser, en efecto, una introducción histórico-psicológica a otro libro del país tras la guerra de los Tres Años.

La inclinación a preparar una segunda edición se vio reforzada por la voluntad de superar el desmayo que experimentaba al leer su índice. Lamentaba que faltara un capítulo, que había imaginado primordial, sobre las relaciones entre Cataluña y Castilla. Sin su estudio no se explican muchas facetas de nuestro talante colectivo, y el libro se resentía de ello. En consecuencia, era preciso acometerlas y, a ser posible, esclarecerlas. Y también, si así lo anhelaba, hablar del clero catalán y de la inhibición o exasperación de los catalanes ante el Estado, temas que la crítica, con sobrada razón, echó de menos en las páginas de *Noticia de Cataluña*.

Decididamente, pues, he ido a la segunda edición, que espero que sea, conceptualmente, casi definitiva. He introducido numerosas modificaciones en el texto original, por-

que en los últimos cinco años los estudios históricos, económicos, sociales y demográficos han hecho formidables progresos en nuestro país, y es una obligación muy placentera la de rectificar los datos envejecidos. Y he añadido tres nuevos capítulos, referentes al clero y Cataluña, a la misión hispánica de los catalanes y a la supuesta falta de sentido de Estado entre nosotros. Además, he reescrito totalmente el último capítulo sobre el *seny* y la *rauxa*, que provocó una de las más agudas polémicas de estos últimos veinte años. He desarrollado mi pensamiento con el fin de que quede clara mi idea sobre los resortes psicológicos que han movido a los catalanes hasta las puertas de nuestro tiempo. Espero que ahora se me entienda y no se me juzgue desde posiciones, o bien caseras, o bien exaltadas.

Este libro, en sus dos ediciones, debe mucho a muchas personas: filósofos, historiadores, sociólogos, literatos, ingenieros, economistas. Hacer la lista sería discriminar entre amigos y conocidos. Es mejor dar las gracias a cuantos trabajan para el mejor conocimiento de los catalanes. Por otro lado, me gustaría que los comentaristas, que fueron tan numerosos, diligentes y prolíficos ante la primera edición, se dejaran de cuentos y reconocieran lisa y llanamente que el único interés que me ha movido siempre ha sido el de servir, con el coraje que fuera necesario, luchando en medio de pareceres discordes y muy a menudo irreductibles, al porvenir de Cataluña, que implica, *nolens volens*, el porvenir de Castilla y de España.

Jaume Vicens Vives
Barcelona, febrero de 1960